

NAMU DAI BOSA

Transmisión
del Budismo Zen
a Norteamérica

Por

Nyogen Senzaki
Soen Nakagawa
Eido Shimano

Editado,
Introducción de
Louis Nordstrom

SERIE BHAIJAGURU

Capítulo II

Una vez que haya muerto, no le avisen a nadie: no es necesario; sólo a unos cuantos amigos íntimos... a Nakagawa Soen Roshi, en Mishima, Ryutaki Ji, Japón. Quiero morir tranquila y discretamente, como lo hacen los monjes budistas. No quiero que haya mucha gente que siga a mi cadáver al crematorio. Insisto, sólo unos cuantos. Al día siguiente, uno o dos pueden pasar por mis cenizas. Una parte de ellas debe enviársele a Nakagawa Soen Roshí. Todos los manuscritos, tanto en japonés como en inglés, le pertenecen.

Así decía el testamento de Nyogen Senszaki. En el veranos de 1958, Soen Nagakawa voló a Los Ángeles para ocuparse de las disposiciones necesarias en el Zendo de esa ciudad. Recibí la siguiente carta suya:

Estimado Tai San:

Te agradezco mucho la ayuda que prestaste antes de mi salida y también tus dos oportunas cartas. Dado que estaba ocupado en dos sesshines, no me era posible escribirle a nadie. Por favor, discúlpame. En cuanto a lo concerniente al futuro del Zendo de Nyogen Senszaki, hay diversas opiniones y esperanzas, pero todo mundo está de acuerdo en que éste no es apropiado para el Zendo. La señora Tanahashi, que vive al cruzar la calle, cuidó a Nyogen Senszaki durante muchos años, lo que, de algún modo, fue conveniente para ambos. Pero ahora, ella piensa que le sería conveniente disfrutar de un descanso. El futuro del Zendo luce incierto, pero La Crescenta (La Montaña de la Luna Nueva), donde viven tres de los alumnos importantes de Senszaki –y donde alguna vez tuvimos sesshin- podría convertirse en un nuevo emplazamiento, pues la forma y la emoción de la montaña se parecen mucho a Dai Botsu (en Japón) y me gusta, pero no sé. Dos sesshines en Norteamérica me han convencido del futuro del Zen en aquella tierra.

Regresaré a Japón con tres de los estudiantes de Senszaki; después de todo, el sesshin es lo importante, no dónde sea celebrado. Un estudiante de Hawái dice que le gustaría invitarte para que dirijas el grupo Zen de ellos. Piénsalo cuidadosamente. Todos los paquetes que me enviaste llegaron el 11 de agosto. Debes haber empleado mucho tiempo al empacarlos; te lo agradezco mucho.

Con la ayuda de estudiantes de Senszaki, en estos días estoy poniendo en orden sus manuscritos; espero que algún día, estos hermosos manuscritos en inglés sean publicados. Cuidate mucho.

Soen

En octubre, Soen Roshí se embarcó con destino a Japón. Llevaba una pequeña urna con las cenizas de Senszaki y tres grandes cajas de cartón con los 179 manuscritos inéditos.

La impresión por la muerte de Senzaki, junto con el esfuerzo de años de intensa práctica, me había debilitado y algo no andaba bien con mi corazón. En noviembre fui hospitalizado y pasé 6 incómodos meses en el sanatorio. Lo único bueno fue que tuve tiempo para leer concienzudamente “El Zen en la literatura inglesa”, de R.H. Blyth.

Tras ser dado de alta, retorné a Ryutaku Ji, donde Soen Roshí y yo discutimos la propuesta de ir a Hawái. Había yo perdido el entusiasmo por ir a Norteamérica; ya no parecía tener importancia. Además, era muy joven para dirigir un grupo Zen. Pero Soen Roshí sugirió que había, al menos, dos motivos para ir: uno, era necesario recuperarme y el clima de Hawái me ayudaría; dos, podría continuar con mi educación en la Universidad de Hawái.

Aunque yo no estaba entusiasmado, Soen Roshí me persuadió y comencé a hacer los preparativos. Soen Roshí me dio las tres cajas de cartón, donde estaban los manuscritos de Senzaki, y me dijo: “Léelos cuidadosamente. Pueden inspirarte y te van a ayudar en tu comprensión del inglés. Un día, será tu responsabilidad prepararlos para que sean publicados”. Para cuando llegó el momento de partir, había retornado mi salud, junto con mi impaciencia de salir para América.

El 21 de agosto de 1960 fue un día inolvidable. Salí de Japón a bordo del Himalaya, un enorme navío británico, totalmente blanco, como las nieves de los Himalayas. Soplaban un fuerte tifón en el Pacífico; en la bahía de Yokohama el viento y la lluvia se tornaron particularmente fuertes; las olas llegaban al nivel de las calles. Todo era un presagio de los dramáticos sucesos que acontecerían en mi futura vida americana.

Mi amigo, el doctor Bernard Phillips, un influyente erudito Zen norteamericano, volvía a Norteamérica en ese mismo barco. Sin hacerlo deliberadamente, nos encontramos alojados en la misma cabina. Había recibido una beca de la Sociedad de Estudios Zen para realizar las investigaciones necesarias para un libro, “Puntos esenciales del Budismo Zen”.

El viento y la lluvia aumentaban de intensidad. Miles de personas se apiñaban para despedirse de sus amigos, nadie se retiró, a pesar del chubasco. A mediodía, inició la canción “Auld Lang Syne”.